

Miguel Ángel Asturias, el realismo alucinado¹

Roger Caillois

Tuve una primera impresión de la obra antes de conocer al hombre. Los capítulos de *Leyendas de Guatemala* publicados por *Cahiers du Sud* donde yo colaboraba por entonces, me hicieron descubrir su singular fuerza verbal. Para esos relatos lujuriantes visitados por un tumulto de dioses bárbaros de horribles atributos, Paul Valéry había escrito un prefacio, mezcla de maravilla y espanto, que revelaba sobre todo el contraste entre dos sensibilidades.

Unos diez años más tarde, cuando conocí a Miguel Ángel Asturias, yo no había vuelto a leer ninguna otra cosa de él, ni siquiera *El señor Presidente*, que acababa de publicarse. En esa obra cruel se basaba ya su fama en toda América. La narración de atrocidades, en este caso totalmente humanas, hacía estremecer. Fue en la misma ciudad de Guatemala. Yo llevaba dos cartas de Gabriela Mistral, una para él, la otra para el Presidente de la República, Juan José Arévalo. Asturias me recibió con la cortesía y la generosidad que lo caracterizaban. Me habló largamente de los indios indicándome lugares de fácil acceso, si no los más cercanos al menos aquellos donde mejor se conservaban sus costumbres ancestrales. Recuerdo bien hasta qué punto me sorprendió su manera de hablar lenta, suave y –¿cómo decirlo?– modesta, pero sobre todo su rostro, que parecía recién salido de los relieves de Palenque o las estelas de

¹ Este texto fue leído por el propio R. Caillois en un homenaje que la Asociación Amigos de Miguel Ángel Asturias organizó en la Biblioteca Nacional de París, a un mes de la muerte del escritor guatemalteco. Como lo señala Aline Janquart, Caillois había sido una lectura comprobada e importante de Asturias en el último año de su vida y *El Árbol de la Cruz* revela esta intimidad textual. Por tal razón, nos ha parecido oportuno que estos dos amigos de siempre siguieran dialogando en las páginas de este libro [EL EDITOR].

Copán. Ninguno como él podía aportar la prueba de la perennidad del perfil maya, quizá el más estilizado de todos y, como el perfil griego, identificable a primera vista.

Habría de volver a verlo a lo largo y lo ancho de todo el mundo: en Buenos Aires; en Moscú, en un congreso de escritores; en París, donde almorzamos en mi casa junto con Pablo Neruda (ni el uno ni el otro era aún Premio Nobel ni embajador: éramos simplemente tres amigos que volvían a encontrarse); en Cuba, donde, invitados por Alejo Carpentier, ambos formábamos parte del jurado de los premios instituidos por la «Casa de las Américas» (una noche, en un hotel de Viñales, Fidel Castro vino a nuestro encuentro y conversamos casi hasta el alba); en Génova, donde el Columbianum había reunido un número considerable de escritores y especialistas de Iberoamérica. Fue allí donde conocí en particular a Guimarães Rosa.

Entretanto, yo había publicado en la Colección «La Croix du Sud» que por esos años dirigía en la Editorial Gallimard, el texto completo de las *Leyendas de Guatemala*, así como la novela *Viento fuerte*, característica del aspecto comprometido, militante de la obra de Asturias.

Confieso, por otra parte, que fueron sus amistosas observaciones las que me llevaron a poner punto final a dicha colección. Ésta ya había cumplido su objetivo —hacer conocer en Europa la riqueza excepcional de la reciente literatura de la América hispana—; de allí en adelante, no haría más que confinarla a una suerte de segregación totalmente injustificada ya que el valor innegable de tal aporte había dejado de ser motivo de discusión. Hablé de ello con Claude Gallimard, quien aceptó sin reservas mis razones. A partir de ese momento, las obras sudamericanas se publicaron en la Colección «Du Monde Entier» a la que, poco a poco y a medida de sus reediciones, se fueron agregando aquellas que la cubierta amarilla y negra de «La Croix du Sud» había hecho descubrir al público francés y a la crítica europea.

Cuando fui elegido miembro de la Academia Francesa, naturalmente le pedí que pronunciara con Marcel Arland, este último en nombre de los escritores franceses y él en el de mis amigos extranjeros, las palabras de rigor durante la ceremonia de entrega de la espada. Traigo a colación este hecho en particular porque, si hoy formo parte de aquellos llamados a rendirle homenaje, es sin duda en virtud de los fuertes lazos de amistad que nos unían.

Por una carta de Madrid habría de saber que difícilmente saldría vivo de la clínica en la que días antes había sido internado. Nuestro último encuentro habrá sido entonces en oportunidad de una ceremonia como ésta, organizada en la Sala Pleyel para cantar la gloria y honrar la memoria del gran poeta que acababa de desaparecer y era nuestro amigo común: Pablo Neruda.

Paradójicamente, resulta relativamente fácil definir en pocas palabras el alcance y la significación de una obra tan opulenta y compleja. Será porque se

trata de una obra brillante y porque, a pesar de su magnitud, posee una poderosa y singular personalidad.

En primer lugar, digamos que surge en un momento privilegiado de la literatura iberoamericana, momento que personalmente no dudaría en calificar como su edad de oro. Antes de esa época feliz, por más eminentes que sean los méritos de las obras que el medio-continente propone a admiración del mundo, éstas no dejan de ser en cierto sentido dependientes de la literatura europea, y sus autores, salvo honrosas excepciones, hombres europeos de corazón, de espíritu o sensibilidad. El cordón umbilical literario no se corta al mismo tiempo que el lazo colonial. Los poetas transponen a Lamartine o Verlaine, los más audaces a Toulet o Cocteau, para no citar sino autores franceses. Los novelistas retoman, siempre citando autores franceses, a Flaubert, Anatole France o Barrès. No existe por así decirlo el teatro. En cuanto a aquellos que no se resignan a seguir los modelos europeos, tienden a refugiarse en una corriente «indigenista» o «costumbrista» cuyo pintoresquismo disimula mal la indigencia y está muy lejos, en todo caso, de representar la rica y original contribución que podía esperarse del Continente del Tercer Día de la Creación. Sólo unos pocos guardan fidelidad al ineluctable mensaje.

Éste estalla de repente, con un brillo y una amplitud tales que dejan perplejo, del otro lado del océano, al mundo de las letras, cansado de todo ya en el momento de conocerlo. Puede que, al dejar aislado al continente americano obligando a poetas y novelistas a explotar sus propios recursos domésticos, la Segunda Guerra Mundial haya sido el desencadenante de ese repentino y magnífico auge del que la generación de Miguel Ángel Asturias puede sentirse legítimamente orgullosa. Y digo bien el desencadenante, porque la causa en sí maduraba desde hacia tiempo.

Más tarde, los progresos de las comunicaciones entre pueblos y culturas, debidos a la imprenta, la radio y el cine, a todo lo que el sonido y la imagen transportan, dieron rápidamente como resultado una suerte de literatura verdaderamente mundial, en el sentido de que no existe ya innovación o moda propuesta en un lugar del planeta que no se vea inmediatamente reflejada en todo el universo que lee y escribe. Una circulación rápida agita en su torbellino a los jóvenes talentos de todos los meridianos y climas. Éstos se agrupan entonces alrededor de los contados centros del planeta donde actualmente se suceden sin interrupción y sin denominación de origen formas de arte de ambiciones audaces y anónimas.

La emigración de los escritores sudamericanos ha vuelto a comenzar. Que no frecuenten los salones sino las universidades y las mesas de café no cambia nada el asunto. Tal como la hora rusa en la época de Dostoievski y demás, como la hora de los Estados Unidos del tiempo de Faulkner y otros, temo que la gran hora de la América hispana haya pasado ya a la esfera de la literatura universal

en la que se inscriben hoy aventuras por primera vez difíciles de situar, menos dependientes del régimen de lluvias o del peso de la historia, es decir, de un cierto conjunto de recuerdos emotivos, recetas preciosas, aspiraciones tenaces que, aquí y no allá, coagularon para formar un todo indisoluble y específico.

Puede que cada civilización no disponga más que de una sola oportunidad de dar a conocer íntegramente y con todo su vigor el mensaje que sólo ella es capaz de revelar. Miguel Ángel Asturias forma parte del pequeño grupo de quienes en América Latina heredaron tal misión.

A él le correspondía en efecto contribuir a dotar a la América profunda de una voz auténtica e irrecusable, a esa América que comienza a cien kilómetros de las costas y que, incluso al borde del océano, reina intacta en el intervalo entre las grandes ciudades que se presentan al observador más bien como ricas sucursales o prolongaciones de Europa que como metrópolis espontáneamente surgidas de las culturas indígenas, en contra de las cuales han sido erigidas y han alcanzado su desarrollo.

Miguel Ángel Asturias expresó con una intensidad sin igual la percepción original del mundo circundante y los sortilegios vegetales que, en el corazón mismo de la selva (otros predominan en las altas mesetas de los Andes o en el inmenso vacío de la pradera), la pueblan sin cesar de espejismos y fantasmas. Llegó a ello por vías y medios que parecía inventar cuando en realidad los recibía de la misma realidad que éstos le ayudaban a restituir. Lejos de ser artificios estéticos, y menos aún procedimientos retóricos, sus recursos de escritor le son impuestos por el objeto mismo de su descripción con el que, a fuerza de sentirse parte viva, termina como es natural por confundirse.

De allí ese realismo que ha sido calificado de *mágico*, pero que yo prefiero denominar *alucinado*, y que es el único capaz de traducir sin deformación ni intermediario conceptual alguno el mundo visceral y múltiple, temible y oscuro, hecho de fecundidad y podredumbre, inextricable de fuerzas conocidas y desconocidas que es preferible propiciar, universo de una tan extraña flexibilidad, obstinación y violencia que se convertiría en algo demasiado delicado si no lo calificáramos con el enfático, en todo caso misterioso si no fabuloso, epíteto de telúrico.

Savias y sombras, árboles, raíces y dioses, torpezas y espantos, pesadillas y éxtasis forman así el tejido cotidiano de existencias espantadas que una explotación a menudo feroz mantiene al mismo tiempo sometidas a la miseria y a un terror ajeno al que mana de la floresta.

La lucha política existía sin duda tan implacable como en otros lugares, pero dentro de un espacio hechicero en el que el sueño despierto era rey, al menos en los días de crisis y embriaguez. Miguel Ángel Asturias se pretendía verídico, no podía sino asociar realismo y fantasmagoría; de ese modo su realismo alucinado, como lo he calificado más arriba, se opone, en razón de las circunstancias,

al realismo llamado socialista que, lejos de allí y en la misma época, se esforzaban por imponer a los escritores aquellos con quienes él compartía sin embargo ideales y combates.

Un día nos daremos cuenta hasta qué punto el realismo socialista, incluso en los países en que parecía obedecer a ciertas necesidades tácticas, sacrificaba voluntaria y despóticamente una parte esencial de la sensibilidad humana en beneficio de una visión del mundo estrictamente racionalista, utilitaria, tecnicista, al mismo tiempo que inevitablemente didáctica, edificante, excesivamente moralista y cívica. La literatura que continúa aflorando de semejantes consignas brinda una representación falsa, mezquina, por no decir mutilada, de la naturaleza humana. Pretextando realismo y exhortación piadosa, no hace más que despojarla de gran parte de sus recursos emocionales.

Miguel Ángel Asturias tuvo la suerte de tener que pintar un mundo aún indómito. Como lo respetaba, no hizo ninguna concesión en la descripción que dejó de él y que pone de relieve, junto con las riquezas secretas del alma, una manera innata de percibir formas y energías, de experimentarlas por así decirlo de frente, haciendo gala de un ardor y una complicidad a menudo cercanos al delirio y la visión.

La agitación de los sentidos confunde los troncos flexibles de los bananeros con cuerpos femeninos vestidos con jirones de seda verde. La imaginación fascinada recurre a imágenes extremas y justas que mezclan las servidumbres de la actividad diurna con el furor de estados segundos más fulgurantes pero no menos verdaderos. La marea alta de la rebelión, las atrocidades, las torturas, la mascarada grotesca de los lisiados, los éxtasis y las pesadillas, todo contribuye a una vitalidad exasperada, cósmica, donde cada ser o elemento, alcohol, trance o liana, anónimo o personificado, envuelve y paraliza, destruye y deslumbra.

Pienso que no había otra manera de alcanzar la exactitud. Un cierto lirismo convulsivo era por cierto indispensable. La gloria de Miguel Ángel Asturias reside en haber corrido el riesgo y aceptado el desafío. Hacía falta una tenacidad implacable, una generosidad divinadora para convertirse en el portavoz de un universo hechizado donde, a cada instante, todo puede revelarse furor y magia.

(Traducción de Clara Paz)